

ment and resistance and hope. Do you see any little important sites, in addition to the chronicles of violence, to poetry, places where Latin America responds to culture, in culture, in ways that don't get registered here?

**J. F.:** One thing that is always very interesting in Latin America to my mind is that people have never thrown out literature quite as thoroughly as they have in this country. (Laughs). There's still an enormous respect, obviously in certain circles we're talking about, we're not talking about generally. Even beyond certain circles, there's a sort of respect for the literary. You can talk to people, a Colombian taxi driver will talk about García Márquez, for instance. There's a sense that is important, to us, to have a writer of that stature. So it makes you feel that the situation is not at all hopeless, that there's going to be some kind of necessary public space of culture. I don't know about a revival of literature, but certainly, and perhaps more in Latin America even than here, there is still going to be a place for writing, for narration, for public critique.

*Jean Franco has published, among her most important books, the following titles (with numerous translations and reeditions):*

*The Modern Culture of Latin America: Society and the Artist* (1967)

*An Introduction to Spanish American Literature* (1969)

*Spanish American Literature since Independence* (1973)

*César Vallejo: the Dialectics of Poetry and Silence* (1976)

*Lectura socio-crítica de la obra novelística de Agustín Yáñez* (1988)

*Plotting Women: Gender and Representation in Mexico* (1989)

*Marcar diferencias, cruzar fronteras* (1996)

*Critical Passions: Selected Essays* (1999)

*The Decline and Fall of the Lettered City: Latin America and the Cold War* (2002)

*Ana Dopico is Assistant Professor in the Departments of Spanish, Portuguese and Comparative Literatures at New York University and actually Faculty Fellow at the International Center for Advanced Studies at NYU.*

**Oscar Aguilar Ascencio**

## **México durante el primer año de un gobierno de alternancia: ¿Dónde está el cambio?**

Dependiendo del humor con que se interprete la dinámica de la política mexicana, ésta puede verse cínicamente, como una farsa en la que todo cambió para permanecer igual, o críticamente, como una obra de teatro que refleja un camino mucho más complicado que el mesianismo de Fox, a través de los medios de comunicación, hizo creer a muchos mexicanos. En cualquier caso, el primer año del gobierno de Fox puede describirse brevemente como una obra, todavía inconclusa (se espera que no termine hasta el 2006), que se llevó a cabo en 4 actos.

### **Primer acto: El anuncio. El cambio que viene**

Por primera vez en la historia de México se registra una alternancia en el poder: nunca antes un candidato de un partido opositor había ganado una elección presidencial. Más de 70 años de gobiernos nacidos de un movimiento revolucionario cedían finalmente el poder, mediante elecciones democráticas, a un presidente carismático, surgido de las filas del empresariado, que encarnaba la idea de cambio, que

se expresa con fluidez y con un discurso simple, directo, que recoge expresiones o dichos populares, que no esconde sus ideas y sus creencias, que es católico y practicante. Llega al poder un presidente que prometió cambiar al país para llevarlo por el camino de crecimiento y desarrollo, que cree firmemente en el mercado, que ve en la globalización una oportunidad y no una amenaza, que cree en el espíritu emprendedor de los mexicanos, que prometió terminar el conflicto de Chiapas en 15 minutos, acabar con la corrupción y encarcelar a los políticos corruptos, elevar la calidad de la educación, hacer más eficiente el aparato del Estado, ser transparentes en el ejercicio de gobierno, respetar los derechos humanos y la libertad de expresión.

El escenario se ilumina con los rayos de esperanza de este nuevo presidente, pero observadores menos susceptibles a la embriaguez democrática de un país que hasta hace poco no imaginaban la llegada al poder de un presidente opositor por la fuerza de los votos se dan cuenta de unas nubes que presagian días no tan soleados.

Las nubes están compuestas de una realidad que, a principios de la administración del nuevo gobierno, fueron muy subestimadas: un Congreso donde el partido del presidente no tiene la mayoría para sacar adelante las iniciativas de leyes que le permita aprobar las reformas clave de las que depende, en gran medida, el futuro de México: la reforma fiscal (ampliar la capacidad de recaudación de un Estado que tiene más de la mitad de la población, unos 50 millones, en situación de pobreza y pobreza extrema), la reforma energética (el país necesita invertir 25 mil millones de dólares en los próximos cinco años en electricidad para modernizar el sector y garantizar abasto de energía) y la reforma laboral (que supere las inercias de arreglos políticos que benefician a sindicatos a expensas de la productividad).

Los observadores más distantes a la euforia provocada por la llegada del presidente-Mesías se dan cuenta de que éste no sólo había ganado la Presidencia con poco más de 2 millones de votos respecto a su contrincante del Partido Revolucionario Institucional (el PRI, dueño ininterrumpido del poder a lo largo de 70 años), sino que en la Cámara de Diputados el partido del presidente, el Partido Acción Nacional (PAN), sólo tiene 209 de los 500 diputados (207 del PRI) y en el Senado tiene 46 de 128 senadores (el PRI tiene 60). La pregunta obvia desde el inicio de la obra fue: ¿sería capaz el nuevo presidente de gobernar sin tener la mayoría en el Congreso, con el resentimiento de los priistas y la hostilidad de una izquierda que constató con estupor que ser la defensora intransigente de los intereses populares le redujo el 17% de la votación para presidente, 52 diputados y 16 senadores?

Desde la toma de posesión del presidente Fox se prefigura el peso que tendrá en su administración la relación con los medios informativos. Desde las 8 de la mañana, radio y televisión dan cuenta de los pasos que sigue el presidente electo, horas antes de asumir el poder: salida del hotel donde se hospedaba en la capital del país, visita al santuario de la basílica de Guadalupe para recibir la bendición de la Virgen (algo insólito para un régimen heredero de un Estado liberal y jacobino que apenas reconoció jurídicamente la existencia de las asociaciones religiosas en 1991, pero en absoluta sintonía con el sentimiento genuino de un pueblo devoto de la Virgen), desayuna con niños de la calle en un barrio popular conocido por la delincuencia, asume el poder en sesión solemne pero dirigiendo sus primeras palabras a sus hijos, rompiendo el estricto protocolo del acto republicano que ve nacer al nuevo *tlatoani* y, como no se le había autorizado el cambio de sede para acomodar a sus invi-

tados a la ceremonia oficial, realiza otra ceremonia a su modo y a su medida. La cobertura informativa siguió transmitiendo por la tarde-noche la fiesta popular en el Centro Histórico y dio fe del desparpajo presidencial cuando el presidente se quitó delante de las cámaras el saco para unirse a la multitud y a uno de los cantantes que la entretenía. En el primer día de gobierno, el presidente resumiría el nuevo estilo personal de gobernar que tanta simpatía le había cosechado por la ruptura con la excesiva solemnidad con que los presidentes mexicanos se comportaban. También despertaría serios temores de llevar la informalidad demasiado lejos, a la frivolidad en la conducción del gobierno.

### **Segundo acto: Primer aviso**

El conflicto en Chiapas ha estado en la agenda nacional desde el mismo día en que el mundo se enteró de la existencia de lo que después sería el pionero del moderno movimiento anti-globalizador. Pero en el triunfo de Fox, los 5 meses de transición política y la expectativa por conocer los nombres del gabinete habían desplazado la atención de Chiapas hasta virtualmente desaparecerlo del hábitat que lo vio crecer: los medios de comunicación. Pero fue este conflicto el que ilustraría la surrealista dinámica con que las fuerzas políticas del país se moverían. En retrospectiva, parece que Fox quiso dar una muestra clara y rotunda del “cambio” que representaría su administración, y para ello entró en un duelo estratégico y mediático con la otra figura capaz de hipnotizar a los medios informativos (al menos por un tiempo): el subcomandante Marcos. Éste quiso conocer las cartas del nuevo gobierno, su percepción del conflicto y sobre todo, su disponibilidad para usar la fuerza, pues Fox estaba en el pináculo de su popu-

laridad con una gran legitimidad democrática que ni los ex presidentes Salinas y Zedillo habían tenido. Fox tomó la iniciativa: anunció en su discurso de toma de posesión el repliegue parcial del ejército de la zona del conflicto e hizo suyos los acuerdos de San Andrés que reconocían la legitimidad de los derechos indígenas para plasmarlos en la Constitución. Marcos respondió con una marcha hacia la capital del país que recorrió varios estados de la República. Llegó al Zócalo capitalino, al mítico lugar que dio origen a la nación mexicana, para exigir el reconocimiento de la dignidad y derechos de los indígenas. Fox respondió con una estrategia simple que sorprendió a Marcos, pero también a los antizapatistas, incluidos un buen número de diputados y senadores panistas: hizo suyos los acuerdos que Marcos exigía se incorporaran a la Constitución, se proclamó “amigo” de Marcos y lo invitó a la residencia oficial para iniciar pláticas. Marcos rechazó la oferta rehusándose caer bajo la sombra y el manto de un presidente popular, y el Congreso, en particular los panistas y los priístas, decidió actuar por su cuenta —algo inédito en la historia de un país donde la Presidencia era la fuerza motriz de la política— ante las críticas furibundas de Marcos por la inacción de un Poder Legislativo que desentonaba tanto con el presidente, como con los zapatistas porque no legislaba lo que éstos pedían que se aprobara. El resultado fue que el resentimiento priísta quedó atrás por un momento y tanto en el Senado como en la Cámara de Diputados, priístas y panistas aprobaron una serie de reformas constitucionales que no respondían ni a las expectativas presidenciales, ni a la de los zapatistas, pero que han sido, hasta el momento, las reformas a la Constitución más transparentes y apegadas a la letra y al espíritu de un poder independiente al Ejecutivo. Los congresos estatales vota-

ron libremente, y por mayoría avalaron lo que el Congreso de la Unión había aprobado.

El país entraba al reino de la división de poderes, pero ni el presidente, ni la simpatía popular que despertaban los zapatistas pudieron imponerse a un Congreso que también fue electo por la vía democrática. Con esta situación, Fox podía al menos decirle al mundo que se apegó a una racionalidad y voluntad democráticas, que la ley era perfectible y que los zapatistas tendrían ahora la incómoda tarea de ver reflejado el apoyo popular en votos dentro de un Congreso dispuesto a acotar las exigencias zapatistas, como la de dotar de autonomía a comunidades indígenas con el temor de crear una especie de enclave étnico-jurídico dentro del marco político de un país organizado con tres poderes: federal, estatal y local.

El conflicto en Chiapas aparecería los cinco primeros meses de la administración Fox para permanecer, por el momento, con un bajísimo perfil en los medios informativos. Finalmente no estalló ni la violencia, ni la guerra y la alianza PRI-PAN, impensable desde que llegó Fox a la Presidencia, finalmente destrabaría jurídica y políticamente un conflicto nacional que está todavía latente con un zapatismo muy debilitado.

### **Tercer acto:**

#### **No despega el avión del cambio**

De abril a septiembre, el avión cargado con las promesas permanece en la pista sin poder levantar vuelo. Dos factores son decisivos para explicar esta situación: uno, la propuesta del presidente para que se apruebe una reforma fiscal que grave con el 15% de Impuesto al Valor Agregado a medicinas y alimentos. Dos, las dife-

rencias entre el presidente y su partido porque éste considera que no ocupan posiciones suficientes en el gabinete. La incontinencia verbal de Fox no ayuda a resolver el problema: declara que gobernará él y no su partido, ahondando aún más la brecha con el partido, que siente que llevó al poder a alguien que sólo usó las siglas para lograr su objetivo. El partido redacta un “manual de campaña” que regula estrictamente tanto los tiempos para iniciar la lucha política de aquellos que aspiran a un cargo de elección popular, como sus fuentes de financiamiento. Quieren evitar que en el futuro otro Fox se vaya por la libre sin responder a las acotaciones que pueda imponer el partido.

La propuesta de reforma fiscal implica costos políticos que los partidos rehúsan asumir. El PRI, que había aprobado un aumento del 10 al 15% del IVA en 1995, recuerda la enorme factura que tuvo que pagar por ese hecho —la derrota en la capital del país en la primera elección para elegir jefe de gobierno—, la izquierda se opone rotundamente a una medida que considera afectará principalmente a la economía popular y el PAN que se ve en el espejo del PRI si aprueba una reforma como la que pretende el presidente. Fox sobrestima su capital político e insiste en la necesidad de la reforma, quizá porque hasta ese momento las encuestas que sondan la popularidad y aprobación a su gobierno se mantienen en niveles altos. Pero el Congreso se mantiene firme y aplaza la discusión de la reforma para su segundo período de sesiones que va de septiembre a diciembre.

Al mismo tiempo, la recesión de la economía norteamericana, a la que México se vincula más estrechamente a partir de la firma del Tratado de Libre Comercio, hace que el presidente modere continuamente la expectativa de crecimiento. El país tendría crecimiento cero en el año

pasado, cuando se había prometido al menos un 4% en los tiempos de la euforia democrática y un 2,5% en los inicios de su administración.

Los viajes del presidente al extranjero abren un nuevo frente de conflicto: son muy frecuentes (más de 2 meses se la pasó en el exterior en su primer año de gobierno) y sobre todo dan oportunidad para que el presidente haga declaraciones que se contradicen en el frente interno. Anuncia una reforma fiscal que no llega porque no existen los acuerdos necesarios, afirma que el que no invierta en el país “es un tonto” porque no ve las oportunidades que México ofrece, dice que las reformas en materia de ley indígena son perfectibles y convoca a un debate para hacerlo cuando ese tema duerme en la agenda nacional.

El escándalo político también hace su aparición, aunque la forma de enfrentarlo da muestras de los nuevos tiempos. Un periódico capitalino, *Milenio*, da a conocer, basado en información pública en Internet, que la Presidencia de la República compra toallas de 4.000 pesos (unos 400 dólares). Fox responde que la transparencia de su gobierno es tal que hasta se llega a conocer esa información (y ofrece pagar las toallas con su propio dinero en su programa semanal de radio del que es su propio locutor). La cobertura que dan los medios a su gira por Europa y China termina por exasperar la relación del presidente con los medios que lo encumbraron: la prensa mexicana le da amplia difusión al hecho de que la primera dama y ex vocera de la Presidencia arroja el ramo de novia a las reporteras que cubren la gira en el avión presidencial a escasos días de contraer matrimonio con Fox. También se publica una foto de la pareja presidencial dándose un beso en la basílica de San Pedro y se genera toda una polémica porque la primera dama crea una fundación que para recaudar fondos ofrece un con-

cierto de Elton John en el Castillo de Chapultepec, sacralizado por la historiografía mexicana como el símbolo de la lucha contra la invasión de Estados Unidos.

#### **Cuarto acto: El avión del cambio se estaciona en el hangar (hasta el momento)**

Después de una exitosa gira por los Estados Unidos donde por primera vez México lleva la iniciativa en el complejo y delicado tema migratorio, y de que el Congreso de Estados Unidos reconozca con una inusitada ovación tanto a la figura como al discurso del presidente Fox, los atentados del 11 de septiembre cambian drásticamente el panorama de lo que sería uno de los logros más sonados del presidente: lograr la legalización de más de tres millones de mexicanos que viven en Estados Unidos.

En octubre asesinan a una destacada defensora de los derechos humanos, Digna Ochoa, en lo que se convierte, de hecho, en el primer crimen político del sexenio de Fox, y no es sino hasta que el Departamento de Estado condena este hecho que el presidente reacciona condenando también el asesinato. A fines de noviembre se reconoce por primera vez de manera oficial la existencia de una “guerra sucia” que se emprendió por el Estado para eliminar a la guerrilla de los años setenta, pero se pone en duda la capacidad de una fiscalía especial para investigar hechos sucedidos hace más de 25 años y que involucran a militares y a ex presidentes.

La reforma fiscal sigue atorada hasta que la fatalidad del calendario legislativo y constitucional, que obliga a tener un presupuesto a más tardar el 31 de diciembre del año que termina, dan lugar a una de las negociaciones más intensas en la historia legislativa mexicana. El resultado

es una serie de medidas fiscales que ni alcanzan a cubrir la cantidad estimada por el gobierno (unos 12 mil millones de dólares contra los 6 mil que finalmente se estima recaudar con nuevos e impopulares impuestos como el que grava los teléfonos), ni reflejan la disponibilidad para llegar a acuerdos que vayan más allá del corto plazo. Se hace evidente que el presidente no podrá gobernar el país como quisiera y que el Congreso asumirá el papel de contrapeso que por años sólo existía en la formalidad de los textos.

### Epílogo

Contra todos los vaticinios de que un México sin el PRI sería un país a la deriva y envuelto en conflictos políticos interminables, hay que reconocer que la transición democrática fue ejemplar y que las instituciones han funcionado de acuerdo a una dinámica de la nueva realidad política: un Congreso opositor, un presidente

que no ha logrado generar acuerdos para llevar a cabo su programa de reformas. La libertad de los medios informativos es evidente y aunque existen serias dudas respecto a la capacidad de Fox para cumplir lo prometido, también es preciso caer en la cuenta de que siempre se pagará un precio, en términos de eficiencia, aprendizaje y capacidad para llegar a acuerdos, por jugar muy tarde el juego donde los destinos de un país ya no dependen de la voluntad de un solo hombre. Una visión cínica del gobierno de Fox vería su administración como una farsa, como un engaño para los que votaron por un cambio que no se ve ni se nota. Una visión crítica simplemente concluiría que lo que le falta por recorrer al país es mucho complicado hacerlo por el camino de la democracia que por el camino del autoritarismo, por el que por tantos años el país transitó.

*Oscar Aguilar es politólogo de la Universidad de Nôtre Dame y analista político y consultor del Grupo Escenarios.*